

ABEL POSSE

**LOS
PERROS
DEL
PARAISO**

EDITORIAL ARGOS VERGARA, S. A.

En recuerdo y agradecimiento
a mi hijo Iván, que entre su
alegría y su adiós me regaló el
título de esta obra.

“Más allá del trópico de Capricornio hay una tierra habitable que es la parte más alta y noble del mundo, es el Paraíso Terrenal.” (Abate d’Ailly en *Imago Mundi*.)

“Aquí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina.” (Carta del Almirante a los Reyes Católicos.)

“Éste es el Paraíso. Realmente. Estas gentes aman al prójimo como a sí mismos. Creo lo que creyeron y creen los sabios y santos teólogos, que estos parajes son los del Paraíso Terrenal.” (Carta de Colón al Papa Alejandro VI.)

“¡Se le envió a que fuera por oro y demonios, y él que nos viene con plumas de ángeles!” (Fernando de Aragón.)

“Se puede tener por cierto que el Almirante alcanzó el centro del Paraíso Terrenal el 4 de agosto de 1498.” (J. W. Kilkenny.)

I
EL AIRE

Cronología

- 1461 Orígenes del Occidente moderno: el 12 de junio Isabel de Castilla pone a luz la impotencia del Rey Enrique IV, su medio-hermano. La Beltraneja.
- 1462 Cristoforo Colombo roba el alfabeto de la parroquia, en Génova. Dice que será poeta. Golpiza, amenazas. "Nada te salvará de tu destino de cardador o de sastre."
- 1468 Tardía, ambigua e intencionada circuncisión de Cristóbal Colón.
- 2-Casa Fracaso de las reuniones incaico-aztecas en Tlatelolco. Abstención de crear una flota para invadir "las tierras frías del Oriente". Globos aerostáticos de los incas. Pampa de Nazca-Düsseldorf.
- 1469 El lansquenete Ulrico Nietz, acusado de bestialismo por besar un caballo, llega de Turín a Génova. La tierra *Wo die Zitronen blühen*. El dolor óptico y la estafa judeo-cristiana. "Dios ha muerto."
- 1469 En un clima de deliciosa lujuria adolescente Isabel y Fernando de Aragón se amanceban por Iglesia el 18 de noviembre. Los fidelísimos SS. Nace el Imperio donde nunca se pondrá el sol.

Entonces jadeaba el mundo, sin aire de vida. Abuso de agonia, hartura de muerte. Todos los péndulos recordaban el ser-para-la-muerte. En Rottenburg, en Tubinga, en Ávila, Urbino, Burdeos, París o Segovia.

Jadeaba la vida sin espacio. El dios hebreo, indigestado de Culpa, había terminado por aplastar a su legión de fervorosos bípedos.

Los flagelantes se azotaban. Agregaban salmuera a las llagas de los latigazos. Hasta los atletas sólo soñaban clavarse en una cruz y dejarse desangrar para morir en santidad.

El Valle de Lágrimas en su apogeo. *Totentanz*: la frenética hilera de jóvenes tomados de la mano iba enhebrando tumbas. Mallas negras con la osamenta pintada. Albayalde para la palidez de las calaveras. Y sin embargo un aire de nostalgia de vida recorría la fila danzante. Un asomo de deseo. Sonrisas bajo los tules negros, guiños. Un meneo pélvico desnaturalizaba el ritmo de los tambores enlutados de la *Danse Macabre*.

Como un aire, un aura, un eros. Como una brisa tibia que ya pudiese haber llegado desde el Caribe.

No era raro ver a los culpistas, exhaustos de la danza abrazados entre los arbotantes de la iglesia, o echados entre las tumbas del cementerio. Como perros rabiosos, impenitentes, los cuerpos huían de las sayas de los nazarenos y de las calaveras de tiza.

Era un aire. Un céfiro que inquietaba a los jóvenes seminaristas al atardecer. Aroma agridulzón, como de mar lejano, como de hembra dormida entre las nubes de verano.

Pero en Italia aparecían los signos más visibles de aquel aire alarmante. Al Pollaiuolo, que pintaba una Virgen por encargo de los frailes de San Gerónimo, se le fue yendo el pincel como en una alucinación de color, deseo y formas hasta que sobre la tela apareció —espléndida— Simonetta Vespucci, la Bella, con sus senos al aire. El pincel buscó, con culpa, definir el áspid del mal, pero la culebra se le enroscó juguetonamente en torno al cuello hasta morderse la cola y quedar transformada en gracioso collar.

No era un caso único. En la segunda quincena de abril de 1478 al joven pintor Sandro Botticelli se le llenó el espacio del cuadro con deliciosas adolescentes semidesnudas que bailaban en homenaje a la nueva floración. "*Non c'è piú religione*", murmuraban persignándose las bigotudas monjitas de la Sagrada Frustración.

Un gato montés saltaba del copón de la vieja catedral gótica. Era evidente.

El jadeo de Occidente se transformaba en estertor. Los poderes, alarmados, se consultaban. Se requerían prontas decisiones.

Aquella caldera de moribundia y encadenados deseos no podía descomprimirse hacia el Sur: los musulmanes, hombres de dios fuerte y ancho como cimitarra, ocupaban todo el Magreb y el Al-Andalus de los reinos felices.

Tampoco era posible extenderse más allá del extremo de primitiva cristiandad de la Moscovia.

La Iglesia había fracasado en sus intentos. Decenas de misioneros volvían del Islam y de la Tartaria con una bolsita colgada al cuello con los testículos y la lengua, resecos como orejones. Otros, humillados, alzaban sus viajadas sotanas ante el Papa y mostraban sus nalgas atrozmente repujadas con versículos del Corán o con advertencias de este tenor: "Alá es grande. Nosotros también cultivamos la Culpa."

La caída de Constantinopla en poder del Turco había sido un golpe decisivo. El pontífice Sixto IV lo anunció sombríamente a todos los príncipes de Occidente: "El mundo cristiano

y occidental queda amenazado por una espesa cortina de cimarras que se extiende desde el Cáucaso hasta el sur de nuestra querida España...”

Las multinacionales se asfixiaban reducidas a un comercio entre burgos. Reclamaban con airada impaciencia.

Los Berardi, los Ibarra, Van der Dine el dinámico ejecutivo de Amberes, los Negri, Cattáneo, Spinola, los Buddenbrot de Lübeck, los armadores de las ciudades hanseáticas, los tejedores catalanes encabezados por Puig; se rebelaban ante la inmovilidad. Se sentían capacitados para mucho más. Acusaban a los marinos de cobardes, a los astrónomos de ineptos, a los reyes de sórdidos y ociosos entreguistas. La nobleza feudal era vituperada. “¡Queremos espacios! ¡Maderas preciosas! ¡Mercados! ¡Especias y marfiles de Oriente! Basta de turquescos en el Mare Nostrum!”

Occidente, jadeaba, ansiaba su sol muerto, su perdido nervio de vida, la fiesta soterrada. Tanteaba en la oscuridad del sótano conventual la estatua de la diosa griega (que en realidad alguien había arrojado al mar). Los hombres vacíos, casi sin sombra, buscaban su estatura.

Occidente, vieja Ave Fénix, juntaba leña de cinamomo para la hoguera de su último renacimiento.

Necesitaba ángeles y superhombres. Nacía, con fuerza irresistible, la secta de los buscadores del Paraíso.

Siesta de junio. Un aire de invisibles llamas disolviendo los montes de Castilla. Estampido de rocas partidas por el so-

lazo. El pastor duerme entre las breñas con los ojos entreabiertos, como un saurio. Los gorriones no se mueven del ramaje, saben que caerían fritos si osasen la alberca.

E Isabel Trastámara:

—Vamos, vamos, que es buena hora.

Ratoneo infantil en el dormido Alcázar de Madrid. Los guardias, distraídos y descalzos, juegan al mus al pie de las torres. Arrojan baldazos para aplastar el polvo ardido. Dormitan colgados de las alabardas.

La Beltraneja, que a los cinco años ya tenía espías por todas partes, comprende que se trama algo importante y hostil. Su tía-niña, su enemiga, Isabel Trastámara. La pequeña Juana se resiste a ser postergada y no se despega del grupo. Se aguanta el calorón con sus atributos reales: una pesada estola verde que encontró en un arcón, un sombrero cónico, como de hada, con un tul que la envuelve hasta los zapatones de corcho, los altos alcoraques que hurtó en el *boudoir* de su frívola madre, siempre buscando la moda. Le grita a Isabel:

—¡Iré! No te hagas ilusiones. No te perderé de vista. —Una rabia que le hace morder las erres.

Isabel convocó a ocho condes e hidalgos (el mayor tiene diez años). Pero no pudo guardar el secreto. Está vestida con una camisola cortona que no oculta —horror para damas de compañía y monjas de servicio— sus calzoncitos apretados con puntillas bordadas por las trinitarias de San José de la Eterna Ansia. Un *baby-doll*, en realidad su famoso *jitoniscos*. El pelo recogido en cola de caballo. Pecosa, rubia, provocadora.

Isabel se suele parar a veces con las piernas entreabiertas y se acaricia el pelo, con la cabeza echada hacia atrás. Le gusta que su grupa perfecta luzca levantada. El libertino poeta cortesano Álvarez Gato pudo anotar en su libro secreto:

“Tiene un culito
que es un quesito.
Dos tetitas
como naranjitas.”
Las monjas protestaban:

—¡Niña! ¡Niña! ¡Mire si la princesa debe andar así!

Ahora Isabel va delante. Lleva una caña larga y pelada, de esas que crecen junto al estanque de los sapos.

Enhebran corredores de piedras. Todo en penumbra. Sábese en Castilla que toda luz engendra calor.

Atraviesan el comedor del Palacio que todavía huele al ajo del lechazo de la noche. Algunos aprovechan el piso de mosaicos para tenderse y sorber frío. Otros dan tres o cuatro vueltas carnero.

—¡Sssh! —ordena Isabel. Y la Beltraneja:

—¡Quién te crees tú para hacerme sshh! ¡Yo soy la Princesa!

Pasan frente a la modesta panoplia real. Más herencia que actualidad: espada del rey-abuelo, ballestas de cuerda roída, intentos de mosquetones. Apolilladas cabezotas de jabalíes cazados más para reforzar la olla que para imitar finuras borgoñonas o británicas.

El trono: un sillón de madera y cuero repujado, reforzado o moderado con una piel de tigre etíope. El rey Juan lo había usado hasta su muerte para comandar las sobremesas. Allí soñó extender Castilla, cruzar mares, anegar de fe los felices reinos moros del sur.

Eran los últimos restos de aquella España pobre, con su Corte donde se pelaban los huesos que quedaban del banquete para el salpicón del mediodía siguiente, y el vino sobrante de las copas se recogía para la jarra de la segunda mesa. Aquella Corte que se regocijaba cuando tocaba pollo. Entonces los reyes sabían el arte de calcular el producto del año a simple ojeada de olivar o majada.

Ahora Enrique IV, el Impotente, lanzó el Reino al lujo de la inflación. Las Casas de Moneda, de cinco pasaron a ciento cincuenta. Riquezas de joyas y trajes, más que de patrimonio.

Beltrán de la Cueva, el favorito, lleva sandalias bordadas con piedras preciosas y lentejuelas de torero de moda.

El Rey a su lado es un zaparrastroso. No oculta la admiración por el amante de la Reina. Cornudo atento hasta la exageración, hace construir un convento para memorar el

lugar donde Beltrán derrotó a otros descarados pretendientes.

Triste búsqueda de placer en aquella corte de fantasmas, desde siempre amenazada por la locura. Con sus príncipes que luchaban contra satánicos monstruos que salían de los espejos; aparecidos que dejaban quemaduras en las tapas de las Biblias anunciando el camino del Infierno; monjas que se desangraban dulcemente durante los festines atravesadas con los espinos de la corona de Cristo; damas místicas que levitaban al amanecer hasta que sus doncellas las tomaban de los tobillos y las devolvían a la gravedad y el peso de la realidad.

Más de una vez la pequeña Isabel espío al Rey, su medio hermano, impotente relativo, que se abismaba —con todo el Reino— en un marasmo de melancolía morbosa. Isabel se trepó a la claraboya: Enrique (que le llevaba 26 años) echado en su sillón con su hopalanda —una chilabía morisca— manchada de sopa, con su infaltable fuente de plata y rubíes llena de chicharrones de cerdo mayor que acompañaba con grandes sorbos de agua fresca (detestaba el vino). Las putillas cortesanas con sus voces y risas inconsistentes, aire sobre aire, chacoteando como enfermeras borrachas en torno a un baldado sordo y rico. Dos o tres de ellas —como gatas— trepándose al gran esqueleto abandonado del Rey, jugueteando con su sexo desapasionado. En una punta del salón el Cardenal y el Notario leyendo los informes de embajada. Se detenían de vez en cuando para toser, invadidos por el humo maloliente de los peludos cascos de percheros con que Enrique alimentaba el fuego (en verano sustituía ese penetrante olor de cutícula y pezuña quemada con grandes fuentones de excrementos de la jauría y de los corrales). El hedor que place al Rey es tal que el Marqués de Villena, por indicación de su enemigo, el sofisticado Beltrán de la Cueva, lleva siempre en el bolsillo un ramo de albahaca fresca que macera y respira profundamente para aliviarse.

Cada vez que Isabel se descuelga del montante siente rabia. Asco por ese hermano en el que intuye que agoniza toda una época. No sabe por qué, pero corre hasta salir sin aliento al patio del Alcázar. Escucha la voz de su pobre madre: "Nunca

cedas a la locura. Ese es el peor abismo, el único. Acuérdate de tu padre, de tus abuelos... No dialogues con el Demonio, no lo escuches. Mira a Enrique: vive amenazado por bestias infernales, un jabalí envuelto en niebla que se aparece debajo de la cama; etéreos contrahechos que llegan ardidados del Infierno para predecirle su triste fin... Tú mantente atenta a lo real. No oigas a los teólogos. Adora tu cuerpo. Rodéate de animales y soldados. Resiste a la tentación de hablar sola. ¡Odia la paz! Mira lo que es la paz: un vacío que sólo llenan los demonios. Sí, hay que morir, morir de vida."

Los niños alcanzaron la sala de audiencias detrás de la mandona Isabel. Se cruzan con la pajamulta y las zalamecas de las prostitutillas de Corte que se alejan irreverentes. Piernas blanqueadas con polvo de yeso, según la moda. Caras en negro o violeta, párpados dorados. Grandes sombreros de espadachín flamenco con plumas amarillas, azules, verdes. Salen hacia el patio de mulas: les gusta galopar alocadamente por los sembrados espantando gallinas y labriegos pobres.

Penumbra. Un amanuense triste frente al libro de audiencias. Aparentemente nadie. Pero en el rincón del eterno retorno de lo mismo, casi invisibles, el general Queipo de Llano con altas botas muy lustradas y planchadísimos *breeches* preside la comitiva de académicos y magistrados (¿Díaz Plaja? ¿El doctor Derisi? ¿Battistesa? ¿D'Ors?). Le pedirán al Rey patrocinio y fondos para el Congreso de Cultura Hispánica de 1940.

Penumbrosa España medieval que huele a misa terminada, a último cirio apagado con la tos del sacristán tísico.